

XXXII DOMINGO ORDINARIO B/2009

Vivimos en una sociedad donde regalar a nuestros amigos y parientes, se ha hecho parte de nuestra cultura social. La Navidad, los Cumpleaños, el Día de las Madres, y los días de los Padres, así como muchas otras ocasiones, nos ofrecen oportunidades de mostrar nuestro amor, nuestro cuidado, nuestra gratitud y, a veces nuestra pena cuando queremos dejar atrás cosas que habían pasado entre nosotros. Las lecturas de hoy nos invitan a meditar sobre el valor de las ofrendas en relación con Dios que es el autor de todo lo que disfrutamos en este mundo.

La primera lectura describe lo que pasó al profeta Elías cuando él iba de camino hacia Sarepta. Entonces, una sequía severa estaba por todas partes del país. Ningunas cosechas habían crecido en los campos, y ninguna casa tenía el alimento para comer. Cuando el profeta entró en la ciudad y vio a la viuda que juntaba los leños, él pensó que este era el momento que buscaba para pedir agua para beber y un pedazo de pan para comer.

La pobre viuda no pudo ocultar que la situación era crítica tanto para ella como para su hijo. No había nada que hacer más que usar la poca harina que le quedaba hacerlo un pedazo de pan y morir. Cuando animada por las palabras del profeta y su confianza en Dios, ella le ofreció algo para comer, ella se sorprendió al ver que ni su tarro de harina ni su jarro del petróleo no estaban vacíos.

Lo que este texto nos enseña es que cuando damos a Dios con todo nuestro corazón, tan pequeño como podría ser y, a pesar de nuestras privaciones y dificultades, él es capaz de bendecirnos más allá de la expectativa. Lo que cuenta más no es la cantidad o la calidad de nuestros regalos, pero el corazón con el que se da. Está claro, en este texto, que la pobre viuda da un poco, pero es precioso a los ojos de Dios. Es precioso, porque lo que ella le da a Elías habla de su generosidad. Por eso, es importante que nosotros aprendamos a darnos a Dios genuinamente.

Todo esto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy cuando Jesús alaba a la viuda que ha dado las dos monedas como ofrenda en el templo. Para Jesús, ella ha dado más que todos los demás.

Jesús no dice que las ofrendas de los demás no tengan valor. El problema aquí está en la disponibilidad del corazón. Por eso, el Evangelio hace un contraste entre los escribas que son vanidosos y toman ventaja de su situación, y la pobre viuda que es humilde y sólo cuenta con Dios.

Este contraste entre los escribas y la viuda conduce a algunas advertencias que el Evangelio de hoy invita cada uno de nosotros a tomar en serio. La primera advertencia es sobre el deseo de la prominencia. Nunca lo diremos bastante. Trabajar para la Iglesia es dar el servicio a la casa del Señor y al pueblo de Dios. Al servir a la Iglesia debe servir con el ejemplo de Jesús. Esto no es un privilegio, sino es una responsabilidad. Cuando nos olvidamos de esta verdad, terminamos siendo señores sobre los demás como los escribas y los Fariseos.

La segunda advertencia es sobre el deseo del respeto. Es verdadero que de cada uno nosotros le gustaría ser tratado con respeto. Sin embargo, en el ejercicio de nuestro ministerio dentro de

la Iglesia, si insistimos en este punto, estaremos más preocupados del trato de los demás a nosotros. Y eventualmente, perderemos la esencia de nuestro trabajo como servicio al ejemplo de Cristo. Estaremos más preocupados por nuestra autoridad y el respeto que merece. Esto hará difícil tratar los demás como hermanos y hermanas.

La última advertencia es sobre la manipulación de la religión por sus propios intereses. Esta ha sido una tentación permanente a través todo el tiempo. Se dio en pasado y se sigue dando ahora. Hay siempre un peligro de usar la religión para sus conveniencias personales. Deberíamos ser conscientes de este peligro.

A causa del contraste entre la viuda y los otros contribuidores, es legítimo de hacer esta pregunta: ¿Por qué alaba Jesús la ofrenda de la viuda? Para Jesús, la pequeña ofrenda que la viuda dio era más grande que la de los otros. Mientras que los demás habían dado de lo que les sobraba y aun se quedaban con bastante, en cambio ella ha dado todo lo que ella tenía.

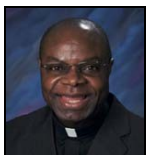
Esto nos conduce al verdadero significado de nuestra ofrenda ante Dios. Dar verdaderamente implica sacrificio. Esto significa que lo que importa no es la cantidad o el tamaño de la ofrenda, pero el sacrificio que aceptamos por hacerlo. Es como lo que hacemos con nuestros hijos. Damos todo que podemos generosamente y con la alegría hasta que nos duela.

Dar verdaderamente tiene cierta ingenuidad en ello. La mujer habría dado una moneda y habría guardado el otro, probablemente para mañana. Y aún, así ella da todo. La verdad simbólica aquí es que tenemos que rendirnos completamente a Dios. Muy a menudo no damos alguna parte de nuestras vidas, de nuestras actividades y de nosotros a Dios. Cuando nosotros actuamos así, nosotros seguramente perdemos las bendiciones de Dios que podríamos recibir si lo hiciéremos con todo el corazón.

Dar verdaderamente debe ser nuestro ideal. Es extraño que Jesús alabe la mujer que ha dado una ofrenda tan pequeña en valor monetario. El punto es que nos diga que quizás sintamos que no tenemos mucho materialmente que podamos ofrecer a Jesús. Pero, recordemos que cuando ponemos a su disposición lo que tenemos y somos, él puede hacerlo gran.

Jesús nos dio un gran ejemplo. Se dio a si mismo hasta el punto de morir en la cruz para nuestra salvación. Por eso, la carta a los hebreos lo saluda como nuestro Sumo Sacerdote que ha entrado en el santuario de Dios con su propia sangre para nuestra salvación. Él que quita nuestros pecados y vendrá nuevamente para traer salvación a quienes valientemente esperan por el. Le pedimos que nos ayude a ser generosos con nuestro amor, nuestro perdón, nuestro tiempo, nuestra paciencia y nuestros recursos. Le pedimos que nos ayude a dar todo que podemos para la gloria de su nombre. ¡Que Dios los bendiga a todos!

1 Reyes 17, 10-16; hebreos 9, 24-28; Marcos 12, 38-44



Fecha del Homilía: el 8 de noviembre de 2009

© 2009 – Rev. Felicien I. Mbala, PhD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El Nombre de Documento: 20091108homilia.pdf